

Otra vez, allí estaban, otra vez más. Inmóviles, sentados. Las piernas temblando y los dedos tamborileando sobre las rodillas, nerviosa y torpemente. El corazón desbocado desde el pecho hasta las sienes. No apartaban la mirada, no podían, y es que tampoco lo intentaban. Adictos. Adictos, eran. Podían quedarse allí paralizados desde que se despertaban hasta que caían rendidos por el cansancio. Esta situación se repetía todos los días. Todos y cada uno de ellos. Ella no podía evitarlo. No podía ya pararlo. Se sentó junto a ellos. Suspiró. Estaba cansada. Ni siquiera la oían, ni siquiera la notaban. Se resignó, y dirigió la mirada a la pantalla del televisor.